ció el principio de una deplorable division. El derecho que atribuía á cada pueblo de formar sus dioses, cada familia, cada hombre le podia reclamar. De este modo, no solo rompió el vínculo de la sociedad general de los pueblos, sino que destruyó tambien en el seno de cada nacion las condiciones del órden social. La sociedad pagana se estaba muriendo de consuncion, cuando vino Cristo á restituir la vida á la humanidad con su divino soplo. Las santas escrituras bajaron sin duda de Dios á los hombres para enseñarles el camino que debe conducirlos en esta vida de pruebas: con todo el principio comun de todas las herejías que las entrega á la interpretacion de la razon individual, ha destruido toda fé comun y cierta entre ellas, y abierto un abismo en que ha ido á desaparecer la majestuosa reunion de las verdades reveladas. Entonces llegó el entendimiento humano á la incertidumbre de toda doctrina, y cayó en las tinieblas del escepticismo, y en tanto que la razon, proclamándose soberana, se deslumbraba con su triunfo, se le ocultaba la solucion de las cuestiones morales; y el pensamiento social, privado de guía, erraba á la ventura en el campo de las ilusiones. "Es imposible, dice Montaigne (1), probar nada de la naturaleza inmortal, con la mortal: no hace mas que descarriarse en todas direcciones, pero especialmente cuando se mezcla en las cosas divinas; porque aunque le háyamos dado principios ciertos é inefables, é iluminemos sus ojos con la antorcha santa de la verdad que Dios se ha servido comunicarnos, vemos con todo diariamente á poco que ella se desvíe de la senda ordinaria, y que se vuelva ó aparte del camino trazado ó abierto por la Iglesia, que al instante se pierde, se halla embrollada y entorpecida, rodea y fluctúa en este mar ancho, agitado y ondulante de las humanas opiniones sin freno y sin objeto. Al punto que pierde el camino real y comun, va dividiéndose y dispersándose en mil sendas distintas."

Así como para el sosten de toda institucion política, una legislacion escrita, cuyos artículos componen las ruedas de toda la máquina, está sujeta en último recurso á un tribunal soberano que reforma las sentencias de los inferiores, decidiendo por la verdadera aplicacion de las leyes que gobiernan la sociedad civil, del mismo modo la sociedad religiosa no puede conocer el verdadero sentido de las escrituras, sino por el conducto de la autoridad espiritual, á quien Jesucristo dijo: "Id, enseñad á todas las naciones: yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos." Esta autoridad reside en la Iglesia católica. Todas las potestades son incapaces de derribarla. Su voz es el intérprete de los pensamientos de Dios: sus juicios irreformables, y sus decretos sin apelacion completan los diversos elementos que constituyen la doctrina católica. Cuando aparecen sin cesar en el horizonte signos amenazadores, y se debilita la vista de contemplar lo movedizo del terreno que tiembla bajo nuestros piés, ¡cuán dulce es dedicarse á leer á la luz de las mas antiguas tradiciones el destino futuro de los pueblos en los acontecimientos consumados, y á buscar en la infalible autoridad de la Iglesia un puerto saludable en que no se corre riesgo alguno!

Ella es realmente la maestra del mundo y la bienhechora del género humano: sus dogmas, su moral y sus instituciones están en perfecta armonía con la naturaleza física y social del hombre: su doctrina corresponde maravillosamente á las necesidades que con tanta energía se descubren en las sociedades modernas.

Nacemos todos con el deseo de conocer, y el ansia de saber es una de las pasiones mas ardientes de nuestra naturaleza. Sin embargo, nuestras facultades intelectuales se cansan; y en vez de la verdad, que el entendimiento humano busca, abraza por lo regular un error. Es cierto que el hombre es el primero de los séres sensitivos; pero es el último de los que piensan. Aunque destinado para vivir de inteligencia, está sujeto al yugo ilegítimo de los apetitos sensuales. Dominado por sus pasiones, no solo no descubre los secretos de la naturaleza, sino que ni aun se conoce á sí mismo: á veces hasta desconoce al Dios que tan eminente le crió. Despues de muchas tareas y largas vigilias se le oye el *no sé* del escepticismo: no afirma, ni niega, duda de todo, vacila en todo. Al modo que el viajero estraviado que habiendo perdido de vista el término á que se dirigia, flaquea á fuerza de tanto vagar, y abatido por la fatiga se sienta á la sombra de un árbol sin saber de dónde viene, ni á dónde va; el hombre en ciertos periodos de su vida, olvidado de los felices recuerdos que protegieron su infancia, y de las involuntarias impresiones que enderezan á veces su pensamiento hácia Dios, viene frecuentísimamente á parar en un estado de suspension negativa despues de una marcha forzada por los senderos del error: alaba, admira, echa menos; pero en creer: tan cierto es que las opiniones humanas adolecen de incertidumbre y de obscuridad. Necesitan los individuos, lo mismo que la multitud, del fanal que desde lo alto del cielo alumbra á la inteligencia errante en las tinieblas ó sentada á la sombra de la muerte. Necesitan, no un fundamento débil y ruinoso, tal como la opinion que puede fallar ó no existir, sino uno firme é inmoble que no puede hundirse, como la fé divina. Esta es la raiz del árbol sagrado plantado por la mano del mismo Dios, regado con la sangre de Jesucristo su hijo, y siempre floreciente en el seno de la Iglesia católica.

El siglo XVIII tuvo un objeto manifiesto en las tareas de su llamada filosofía. Los racionalistas de entonces decian claramente que era menester sustituir la razon á la fé que llamaban instinto: que aquella era superior á esta en cuanto la inteligencia es mas alta que la sensacion. Calumniosa era esta manifestacion, pero franca. Por haber repudiado las formas duras de su antecesor no ha desechado el siglo XIX el fondo de su doctrina. Los racionalistas de nuestra época con la capa del eclecticismo parece que tratan de acercar á lo menos con recuerdos los dos campos que en efecto quieren man-

(1) *Ensayos* de Montaigne, lib. II, cap. 2.

tener eternamente separados: la filosofía y la teología, la razon y la fé. Heredaron de sus maestros la libertad de raciocinar sin creer; y no hacen ningun caso ni de las verdades reveladas, ni de la autoridad de la Iglesia. Afirman que el contenido de la filosofía es el mismo que el contenido de la teología, y que la humana conciencia que es el fondo comun de ellas, se descubre tanto en forma de imágenes, cuanto en la intelectual ó de raciocinio: que en el caso en que torciéndose el primer camino se estraviase, se encargaria el segundo de enderezarle y de traerle á los límites de la verdad. En otros términos la razon humana es á sus ojos superior á la fé é igual á la razon divina.

No es aquí el lugar ni la ocasion de refutar esta teoría filosófica. Sin embargo, debemos notar, para deducir consecuencias relativas á nuestro intento, que el contenido de la filosofía no puede ser el mismo que el de la teología, porque esta revela á la conciencia humana muy diferentes verdades que las que entran en el dominio de aquella, la trinidad de las personas en la unidad de la naturaleza divina, la encarnacion del Verbo, la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía, el pecado original del hombre y su rehabilitacion y otras muchas verdades, que sin contradecir á la razon esceden sus alcances nada menos que en toda la infinidad de Dios. Así la filosofía (damos á esta voz la acepcion con que ordinariamente se designan los diversos sistemas inventados por los esfuerzos del entendimiento humano), no queriendo reconocer nada superior á ella, ha venido á negar la existencia de los misterios del cristianismo, mientras que se ve forzada á encontrar otros inesplicables á cada paso en la naturaleza. Conmoviendo como otro Sanson las columnas del mundo intelectual y moral ha perecido entre sus ruinas. Partiendo de la negacion de las verdades religiosas en cualquiera grado, arrastrada por el mismo hecho á negar toda verdad, se ve reducida á abjurar de la razon humana, al tiempo que mina los cimientos de la fe divina. No queda pues á los disidentes racionalistas mas arbitrio que admitir la fé, á pesar de sus obscuridades y misterios. Tal es la que proclama la doctrina católica. Ella en armonía con las necesidades de la época cautiva con sus velos impenetrables la razon altiva y soberbia, que el filosofismo ha ensalzado algunas veces hasta el delirio. Si ésta encuentra tinieblas, ¿será bastante motivo para repudiar la fe? No, sin duda; esta obscuridad es una razon mas para creer, porque la fé debe ser obscura en su objeto, supuesto que es la conviccion de las cosas que no vemos, y debe ser clara en el motivo de la autoridad que la dicta. Si todo lo comprendiese la razon humana no habria fé. En vano se proclama la independencia de la razon y se presentan como ilimitadas las conquistas de la inteligencia humana, que será siempre limitada y finita. El hombre con el auxilio de solas las luces que toma de aquella, siempre será un misterio para sí mismo: los que quieren comprenderlo todo deliran: el misterio es inseparable del hombre, por cualquiera lado que se le considere. En el dominio de las ciencias el entendimiento humano toca por todas partes en sus límites. Todo lo que no es religion, está lleno de enigmas indescifrables; ¡y no podrán admitirse en el conocimiento de lo infinito! ¿No deben encontrarse mas cuando se trata de Dios? ¿Cómo habia de manifestarse á lo finito lo infinito sin imponerle misterios? La razon asistida de sus aberraciones viene á pedir á la fé sus santas obscuridades.

Sabida es la opinion que en esta materia tenia aquel filósofo, las mas veces desenfrenado apologista de la razon; pero otras amigo de la verdad. Así se esplicaba: "Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita, menos la concibo; pero cuanto menos la concibo mas la adoro: el uso mas digno de mi razon es anonadarse delante de aquella (1)." Si el hombre comprendiese los misterios, debia costarle mas trabajo creerlos, porque habria motivo para desconfiar de un sistema que el hombre pudiera haber discurrido: la obscuridad es necesaria para la fé. Lejos de que la inteligencia y el ingenio se abatan por eso, nada hay que mas armonía tenga con la dignidad humana. Si el conocimiento de la verdad religiosa fuese únicamente el resultado de los esfuerzos de la ciencia, el mayor número de los hombres no llegarian á penetrarla. Proscritos y envueltos en la mas vergonzosa ignorancia, no les quedaba otro recurso que usurpar la vida enteramente animal de los séres destinados á su servicio y sometidos por la naturaleza al imperio del hombre. A los ojos de la religion el derecho inalterable de la santa dignidad del hombre es que todos sean iguales. ¡Y que despues de seis mil años todavía esté la inteligencia humana fabricando una religion con la ayuda de sofismas y nebulosas teorías! Vanos serán sus esfuerzos. Solo la obscuridad de la fé impuesta para todos sin distincion es la que realiza esa noble igualdad. ¡Profunda sabiduría de la fé! Con sus misterios confunde el orgullo para salvarle del abatimiento, del error, y eleva á la clase del ingenio á la multitud del género humano: esto es evidentemente comprender la dignidad del hombre. La fé en los misterios llena una facultad íntima de nuestra alma, y satisface, segun el pensamiento de Bayle, todos los fines de la religion. "Todos los fines de la religion, decia, se hallan mejor satisfechos en los objetos que no se comprenden: inspiran mas admiracion, mas respeto y mas confianza, y forma uno mas consoladora idea de ellos." Si la necesidad de misterio es para el hombre una divina indicacion de la alianza que tiene que contraer con un sér superior; los misterios son á su vez el carácter cierto de una fé elevada que ha penetrado mas en las regiones de lo infinito.

Despues de esta simple esposicion ¿se podria de buena fé tratar de combatir ó eludir nuestros misterios con pruebas tomadas de otro órden que aquel á que corresponden? No se enseñan estos como verdades metafísicas, sino como hechos, cuya última razon es superior á nuestra inteligencia: están fuera de las leyes de la naturaleza y las superan. Testimonios de órden muy superior, monumentos

(1) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pag. 95.

irrefragables prueban que Dios los ha revelado: son verdades históricas. Suponer despues que son contrarios á la razon, es querer sentar como principio que una verdad metafísica puede destruir un hecho histórico demostrado cierto. Con todo, no se nos puede disputar que cada órden de verdades tiene su certidumbre propia, entera é igual á las otras en su género. Si Dios habló, su palabra es infalible, y los misterios son ciertos con toda la certidumbre de la misma verdad divina. Es pues falso que los misterios sean opuestos á la razon: solamente son superiores á ella porque la soberana razon las reveló. ¿Cómo podrian hallarse contradicciones y repugnancias en lo que nuestra razon no alcanza? Mas ¿quién no recuerda un dicho de Pascal, arrancado por el conocimiento mas profundamente verdadero de la dignidad humana? "El último paso de la razon, dice, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores: muy débil es si no llega hasta ese punto." Ahora preguntamos: en cuanto se supone que la razon humana no es capaz de comprenderlo todo, ¿no queda justificado que un dogma puede traspasar los límites del entendimiento humano, sin que encierre la negacion de ninguna verdad demostrada? Tambien se deduce, como consecuencia rigorosa, que es imposible señalar en ellos contradiccion alguna, porque seria preciso tener una idea clara y distinta de los términos que los enuncian, y que los misterios presentasen contradiccion en la sola enunciacion de los términos que afirmasen el sí y el no del mismo objeto y bajo las mismas relaciones. Así es que podemos decir con Bossuet, que por desechar misterios incomprensibles se precipita el hombre con frecuencia en errores incomprensibles.

En vano se acusaria á la fé de que aniquila la razon, obligándola á creer lo que no comprende. Es cierto que la fé no admite la filosofía como verdad completa, dejándole libre el campo de las ciencias, de las artes y de la industria para sus escursiones; y la obliga á que reconozca su impotencia para elevarse hasta la comprension de los divinos atributos, y descender hasta los secretos profundos que la humanidad encierra en su seno. Pero la filosofía no es la razon: esta es la facultad de conocer, y aquella no es otra cosa que el resultado de sus investigaciones, la regla ó camino que se ha abierto para llegar al conocimiento de lo verdadero. Lejos de que la fé escluya la razon, la supone y consagra todos sus derechos. La revelacion se dirige á la inteligencia para que ésta compruebe su ecsistencia. le exhibe aquella en cierto modo sus credenciales; y hasta que la inteligencia las ha admitido, no la manda como soberana la revelacion. Así la fé siempre ha honrado los ingenios. Tuvo elogios para Platon, Aristóteles y Descartes; Bossuet honró al último como á su maestro; y Clemente Alejandrino daba el mismo nombre á Aristóteles. La fé tendrá algun dia elogios para todos los grandes hombres contemporáneos, como los tuvo para Newton, Mallebranche, Leibnitz y Bacon, cuyos descubrimientos y talento apreció y honró. Dicen que la fé prohibe el uso de la razon; pero es una equivocacion estravagante. Si no se presta á reconocerla como infalible, le concede la facultad de poder llegar al conocimiento cierto de la verdad: el hombre lo consigue en efecto, cuando se trata de los motivos de credibilidad y de cualesquier otros hechos históricos. Es cierto que la fé tiene misterios; mas lejos de que la razon se oponga á la creencia de estos dogmas incomprensibles, convida á ello, porque por ser superiores á nuestra inteligencia no dejan de fundarse en un motivo de certidumbre incontrastable. El motivo de la fé es Dios que se presenta con el cortejo inseparable de sus infinitas perfecciones: es su omnipotencia de veracidad é infalibilidad; y la garantía de la fé para todos es la mayor autoridad que se dió jamás á la tierra. La Iglesia dice al adulto y al niño, al docto y al ignorante: cree, y despues ecsamina, raciocina y comprende, segun la magnífica espresion de S. Agustin: *Crede ut intelligas*. Luego si estamos rodeados por donde quiera de misterios impenetrables, ¿no seria absurdo suponer que podamos comprender los de Dios? y ¿no es hasta insensato impugnar la religion cristiana por el lado que es inespugnable á las armas de sus enemigos? Oh Padre comun de los hombres, ¡cuán dulce es meditar estas verdades, que tuvisteis por bien de revelar al mundo! La doctrina sublime que encierran es el pan de los fuertes con que quereis alimentar á vuestros hijos. ¡Desgraciados los que la desdeñen, y permanezcan espuestos á crueles engaños!

La verdadera filosofía es la doctrina católica: solo ella tiene á su favor la verdad completa, porque solo ella posee el secreto de Dios y del hombre y el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no habia querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos y al furor de la tempestad. Jamás fué mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oido en el Eden, en el Sinai, en la nube, bajó fuerte y lastimera desde la cumbre del Gólgotha. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, estraviándose aquí y allí, engañada con algunos rayos de una luz pérfida, consultando á todas las escuelas, que no contestaban mas que con gritos de apuro, y preguntando por los caminos de la vida á unos sabios que la introducian en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los piés de los súbditos de su grande imperio, ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. Los preceptos católicos oponen á la ignorancia del hombre sobre la naturaleza y atributos de la divinidad la doctrina mas luminosa sobre el sér soberano, que es el principio y la última razon de todas las cosas. Descubren la majestuosa unidad de su naturaleza en la trinidad de las personas, y se nos aparece la divina reparacion, que disipó todas las tinieblas haciendo brotar la fecundidad y la vida del seno mismo de la esterilidad. El hombre, que hasta entonces era un misterio inesplicable para sus ojos enfermos, fué revelado al hombre mismo: lee

su nombre en el pensamiento divino, y se ve rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio preparado para su habitacion: que el brillante astro que le vivifica, es la antorcha destinada para dirigir sus pasos. Comprende que posee en sí mismo un reflejo de la luz increada y que su verdadera patria no es la movible arena del desierto en que intentaria á veces levantar su tienda. Oid la doctrina católica, y conoceréis los hombres y las cosas. Al darnos lecciones de lo pasado, nos enseña á penetrar lo presente y á conjeturar lo venidero. La declinacion de la humanidad se detuvo en Jesucristo, en el cual empezó el progreso. La cruz vino á ser el punto de partida y el concurso de todos los pensamientos humanos. Aquí tenemos simultáneamente la prueba y los resultados de uno de los hechos mas notables de nuestra época, poco acorde si se quiere con la prevision del filosofismo, pero que no por eso es menos incontestable: la marcha de nuestro siglo hácia el principio de perfectibilidad depositado en el seno del cristianismo. El progreso que se convertió en otro tiempo contra él, ha venido á ser entre nosotros uno de sus mas poderosos aucsiliares.

Descúbrese sin duda bajo diferentes aspectos la necesidad que sienten de él nuestras sociedades modernas, las cuales quieren progreso para la inteligencia, en las artes, el comercio y la industria: efecto admirable que no tenemos que disputar ni contradecir; pero que no podemos atribuir á la causa que los filósofos le señalan. No viendo el señor Michelet en la naturaleza mas que una pugna incesante entre la libertad y la fatalidad, hace consistir la ley de todo adelantamiento en el triunfo de la primera de estas fuerzas sobre la segunda. "La libertad, dice, es el fin de la humanidad: el progreso no es mas que la marcha de esta hácia aquel (1)." No llevará á mal que no atribuyamos únicamente á los adelantamientos de las facultades humanas los progresos que aparecen en el mundo religioso y social. Para nosotros es imposible desconocer la parte de Dios y la parte del hombre.

Confesamos con gusto que la vida de las sociedades temporales crece y adelanta fuera de la sociedad espiritual y por la libre accion del hombre; pero el principio de esta vida viene de Dios, y consiste en las primitivas verdades que son superiores á las empresas de la razon humana, porque tienen su orígen en la revelacion, que en medio de las diferentes formas que toman las sociedades, permanece inmutable para formar la creencia de los pueblos. Todo progreso se lleva á cabo con estas dos condiciones: la razon y la fé. Esta toma por base los hechos sobrenaturales, cuya certidumbre descansa en el divino testimonio. Sus fundamentos son la palabra de Dios y los milagros. La autoridad que impone la conviccion, es la certidumbre de un hecho sobrenatural que confirma las verdades que se trata de creer. La razon, tomando por base los hechos naturales que le atestiguan la palabra de los hombres y el gran libro de la naturaleza, donde el dedo de Dios trazó en el tiempo sus eternos pensamientos, percibe las verdades que naturalmente están á su alcance, las compara despues de percibidas, deduce el conocimiento de sus relaciones, y finalmente se adhiere á aquellas cuya ecsistencia se le prueba con testimonios convincentes. La fé y la razon son distintas, pero están unidas lo mismo que el alma y el cuerpo. No se las puede confundir, porque es diferente su naturaleza, ni tampoco separarlas, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad y dos hijas del mismo padre de las luces. Una es la luz natural, que por la evidencia de los principios ó la clara conecsion de las consecuencias arrastra la conviccion. La otra es la luz sobrenatural, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, y que añadiendo la poderosa accion de la gracia á la evidencia de los motivos de credibilidad, forma en nosotros la mas firme certidumbre. Pero dejando de vivificarse la razon sin la fé se disolveria muy pronto como el cuerpo de que se aparta el alma, y la fé sin la razon seria incomprensible al entendimiento humano, así como el alma no puede revelarse sin el intermedio de los sentidos. La razon es á la fé lo que el cuerpo es al alma: la primera está subordinada á la segunda, lo mismo que las deducciones racionales se hallan necesariamente sujetas á la certidumbre de las realidades evidentes. La razon obra sobre bases que la fé le ha suministrado. Hé aquí lo que es la ciencia con respecto á la doctrina católica.

En el hombre hay tres cosas muy distintas; el orígen, el medio y el fin. Los dos estremos encierran el problema del destino humano fijado por la palabra revelada y transmitido por autoridad y tradicion: con el aucsilio de aquel la humanidad salida de Dios vuelve hácia él como fin ulterior por el vínculo de la religion. El medio de la humanidad es el mundo, es toda la creacion, y es la ciencia con todas sus clasificaciones. Así nosotros no pondrémos jamás en duda que la razon humana pueda obtener ciertos resultados, tomando por punto de partida los hechos naturales y la evidencia que de ellos resulta: en matemáticas, en astronomía, y aun en todas las ciencias naturales, cuando no se quiera subir á su orígen, ni esplicar sus fines, bastarian para convencernos los monumentos de la antigüedad pagana, las obras maestras de literatura y la perfeccion de las bellas artes, frecuentemente agenas del pensamiento religioso. Pero si lejos de limitarse á la observacion material de los hechos ó á su arbitraria interpretacion, quiere la razon levantar su vista mas arriba, tratar de Dios, del hombre y de la humanidad; debe reunir los datos adquiridos á los hechos del órden superior que hallan en la divina palabra tan alto grado de certidumbre: tal es la hipótesis que aceptamos. Mallebranche decia: "Dios es el vínculo de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos." Es el manantial fecundo donde se sacia el ingenio. Si la naturaleza sirve para esplicar la revelacion; la doctrina católica que contiene la revelacion del mundo invi-

(1) *Introduccion á la historia universal.*

sible, debe servir de guia á las ciencias profanas para adelantarse por entre el laberinto de las esperiencias y la multiplicidad de los fenómenos á fin de buscar su esplicacion. Entonces así como los sentidos se dejan dirigir por la razon que certifica sus resultados ó relaciones, la ciencia debe verificar sus planes comparándolos con el órden sobrenatural que conoce por la doctrina católica, y que le da mayor grado de certeza. En virtud de las leyes armónicas, que dirigen los mundos del pensamiento y de la materia, del órden natural y sobrenatural, queda demostrado que las verdades de la doctrina católica son tan comprensibles á la inteligencia, cuanto son mas estensos los conocimientos naturales; y que cuanto mas fuera de duda están las verdades de la doctrina católica, otro tanto mas se ilustra la ciencia humana y adquiere mayor certidumbre. La ciencia es para el hombre la verdad en su forma mas elevada, y estamos obligados á reconocer diversas clasificaciones en su estenso dominio. Es una populosa ciudad con mil torres, en que cada siglo ha construido un templo; mas por grande que sea la diversidad de sus objetos, siempre procura unir lo que tiene de particular, transitorio y múltiplo á alguna cosa que tenga al menos relativamente un caracter de unidad, de permanencia y de generalidad. Tal es la doctrina católica.

Lo que la distingue eminentemente de las opiniones filosóficas es esto. Pueden éstas modificarse segun las preocupaciones y al antojo de las circunstancias; pero la doctrina católica es inmutable en sus dogmas, y descansa en bases que no puede el entendimiento humano separar para sustituir sus miras particulares. Allí hay movimiento y sucesion: aquí todo es inmoble é invariable. La ciencia se organiza completamente en la unidad, se mueve en este círculo sin límites; y halla el vínculo que reune las nociones de que se forma. Emana del elemento divino que la dirije, coordina y vivifica.

Dios, principio de todo lo que ecsiste, ve en sí la razon de todas las cosas; de donde somos inducidos á concluir que la inteligencia infinita revelada al hombre es el principio de unidad de la indivisible sociedad de los espíritus, el elemento radical de toda inteligencia y el punto de partida de donde el ingenio debe arrojarse cuando quiere dar un paso en la carrera de la ciencia. Haciendo que brille la gran luz de la plena revelacion sobre el orbe del pensamiento, nos dice la postrera palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo.

El paganismo, produciendo dioses segun sus caprichos, habia negado la unidad del Sér Supremo, alterado todos los atributos que constituyen su divina esencia, y obscurecido en la razon de los pueblos todas las nociones de que se compone la idea de lo infinito. A fuerza de disputar los filósofos racionalistas, acabaron por negar á la eterna sabiduría el atributo de la sabiduría, y á la suprema inteligencia el de la inteligencia. Cuando quiso la filosofía del siglo XIX levantar el velo que cubre á nuestros ojos el Dios oculto en quien nos es preciso creer, reveló su impotencia con sus vanos esfuerzos. Ella hace á Dios una fraccion del mundo ó un rayo de la razon humana, un gran todo ó una nada, la naturaleza, el espacio; palabras todas vacías de sentido. Mas la doctrina católica nos hace concebir á Dios con sus grandes caracteres de permanencia y de generalidad, como causa productora, como soberana razon, como principio de la union de todos los séres, como objeto que los atrae, y fin á que todos deben caminar. Con su luz nos es dado conocer la misericordia y la justicia, la verdad y el poder, la ciencia infinita y la sabiduría sin límites del Sér Supremo.

En el mundo filosófico se presentan dos sistemas principales para esplicar el orígen del hombre, su naturaleza y su destino. Segun el parecer de Locke y de Condillac, el *yo* no es mas que una coleccion de sensaciones que esperimenta el hombre, y de las que recuerda su memoria: su libertad está subordinada á la accion de los objetos: la materia puede pensar, y el hombre enteramente material no es para ellos mas que una agregacion de partes dotadas de una actividad mas ó menos grande. El panteismo, ó mejor, el eclecticismo *fenomenal* de Kant se reduce á mostrar al hombre sin mas que formas de espíritu en lo interior y accidentes materiales en lo esterior, nunca *el nosotros mismos* ó el *ser;* y se envuelve en el mas absoluto escepticismo sobre las cuestiones de la sustancia y del futuro destino del alma. Perdónesenos que no nos estendamos tocante á los sistemas de aquellos filósofos nuestros contemporáneos, que no han visto en el hombre mas que un sér sometido á las leyes de la fatalidad, y le han asemejado al bruto ó igualándole al Eterno. Tan cierto es que sin estas tres ideas de creacion, de distincion entre el espíritu y la materia y de mundo venidero fluctúa el entendimiento humano á la ventura en una vaguedad infinita, parecido á un piloto desorientado que no conoce el punto de que salió, ni las regiones que cruza, ni el puerto á que debe dirigir su rumbo.

Pero la doctrina católica, poniendo el hecho de la creacion al principio de todas las cosas, nos convida á considerar en el hombre un sér infinito que pertenece á dos mundos, y cuya misteriosa ecsistencia está ligada con una cadena doble á las variables revoluciones del tiempo y al órden inmoble de la eternidad. Nos enseña que el cuerpo debe estar subordinado al alma: que el hombre es el rey de la creacion, y que su verdadera patria es el cielo. Todo atestigua sin duda la caida de los ángeles y del hombre: este es el fondo de la historia de todos los pueblos, y por todas partes subsisten las huellas de esta gran ruina: aun en el hombre se reconocen vestigios de esta perturbacion que el crímen produjo en la naturaleza. En su frente lleva, si no con caracteres de sangre, al menos en signos indelebles esta siniestra sentencia: *ser degenerado*. Sin embargo, despues de seis mil años que el hombre está marcado con este sello misterioso, ninguna filosofía ha podido romperle. El racionalismo, ciñendo á sus cortas ideas el plan del Criador, emprendió esplicar este venerable fundamento de nuestra creencia á fuerza de investigaciones científicas, y acabó por negarle. Pero la doctrina católica lleva el pen-

samiento hácia este suceso misterioso, que la mas antigua tradicion coloca en el orígen de las generaciones humanas. Nos revela que la humanidad se estrelló en la cuna de resultas de una gran caida, cuyo ruido ha resonado en todas las edades, y nos esplica lo que queda inesplicable para todos los que le ignoran ó le niegan. Nos le muestra buscando el gérmen de todas las medras de su vida terrena, y el camino que debia conducirle á la mansion de la felicidad, en la muerte de aquel que restauró la abatida naturaleza humana por medio del sacrificio mas augusto. El cristianismo mas ilustrado que la sabiduría humana dice al hombre: rey destronado, levántate de ese abatimiento en que yaces: la nada no es tu herencia, y si estás condenado á morir, la muerte no sellará tu sepulcro: del cielo procedes, y allí es donde debes descansar de todas tus fatigas despues de la noche de la vida.

¡Qué alegría, ó Salvador de los hombres, nos cabe en dar este glorioso testimonio de la veneracion que profesamos á la doctrina que nos enseñásteis! Alumbrando ésta al género humano con su viva luz, nos descubre los principios de cuanto nos importa saber. ¡Ojalá la tomen por su guía en algun tiempo los que ahora la desdeñan sin conocerla bien!

En lo antiguo inventó el ateismo los átomos para borrar en la naturaleza el nombre de Dios: y la filosofía materialista ha reproducido despues el sistema de una materia eterna que ecsiste por sí misma. Hay tambien algunos filósofos del siglo XIX, que parece no han repudiado este error; pero la doctrina católica dicta al hombre que el universo es la sublime operacion del Eterno, cuya gloria campea en la tierra así en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande. La creacion no es simplemente una idea, es un acto del Eterno, que quiso dar un signo esterior de su omnipotencia; y en este concepto tiene analogía con el universo, que es una reunion de hechos. Quitad este dogma, y toda la cosmología desaparece. La idea de la creacion es una necesidad del entendimiento humano, porque así le constituye con relacion al conocimiento general del universo en una situacion correspondiente á la en que él se esfuerza en colocarse para cada órden particular de los conocimientos. Ella le conduce á la distincion del espíritu y la materia; distincion que orienta al entendimiento del hombre en el inmenso porvenir, mostrándole el mundo actual como el pórtico misterioso del futuro. Le esplica los designios de Dios, y elevándole del estudio del universo á la sencillez del divino pensamiento, así como el gran astro de la naturaleza, que mezcla á sus resplandores sombras augustas, le hace leer todo lo que puede descubrirse en los eternos pensamientos escritos en las revoluciones de los tiempos como otros tantos caracteres misteriosos. Ella consulta á todas las grandes ruinas, sembradas en el curso de los siglos. Atado está el universo entero con una misteriosa cadena, ó mejor con cierta razon que establece relaciones semejantes entre los diferentes términos de la progresion de los séres, y permite, mediante ciertos datos, descubrir los términos incógnitos. Esta razon, que forma la cadena del mundo invisible y del visible, es la sagrada marca que Dios ha impreso en todas sus obras: señal tanto mas obscura, á medida que se va bajando de la escala de la creacion; pero que se ilumina al contrario cuanto mas nos acercamos al trono de Dios. La doctrina católica es un rayo emanado del sol de las inteligencias, en el que deben irse á encender las antorchas de toda ciencia. La perfeccion á que ella convida á los humanos, se realizaria en un estado de cosas, en que la grande estabilidad de la fé se combinase con la mayor actividad intelectual. De esa cruz de madera que enarbola en la cúpula de nuestros templos, como en los chapiteles de los palacios reales, derivan gradualmente las perfecciones del ingenio humano.

Dadme materia y movimiento, decia Descartes, y yo construiré un mundo. Dadme verdades, puede contestar el ingenio humano, y yo formaré las ciencias. No puede obrar sobre la nada: no puede mas que unir con el pensamiento séres ya ecsistentes: los estudia, los compara, los reune, y de su concurso hace que resulte un sistema. Pero como solamente puede el ingenio fecundar sus elaboraciones apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano de Dios; así solo mientras no pierda de vista el objeto de todos sus esfuerzos, es llamado á hacer adquisiciones. Del mismo modo que todo lo criado tiene un fin, que es la eterna vérdad, Dios. Todo cuanto subsiste es sin duda distinto de él; pero porque todo cuanto tiene sér ha salido de su seno, tambien todo tiene en él sus raices. Hé aquí por qué Dios es el supremo fin, hácia el que debe dirigirse toda verdad. Es así que la ciencia no es otra cosa que una reunion de verdades que gradualmente se manifiestan al ingenio humano; luego si se arroja por entre los objetos intermedios hácia aquel, que es el primer eslabon de la cadena intelectual, desde luego se constituye y adelanta. Pero si ella se olvida de sí misma hasta repudiar su fin sublime; retrocede y cae, porque una culpable tendencia la estravía apartándola de su verdadero destino. El aspecto con que miramos el fin inherente á las doctrinas, descansa sobre las mismas bases del órden moral y se reproduce en todas las páginas de la historia de la ciencia. No tememos afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto el entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo de todos los sistemas de la antigua filosofía el que mas adelantó en la via del progreso, fué sin contradiccion el de Platon, porque fué religiosa su tendencia: fuera de sus errores parece que era el preludio de la regeneracion intelectual por Cristo. Y si nos fuera dado bosquejar en grande los caracteres que distinguieron las principales épocas de la humanidad, comparándolas con las leyes esenciales del ingenio del hombre; se advertiria cuán fructuosos han sido siempre los esfuerzos de la inteligencia, bajo la influencia de los principios religiosos.

En general la filosofía en el Oriente no fué otra cosa que el reflejo de la religion: por eso se descu-